

## Introducción

Un pregón es como la vida,  
emana de un sentimiento,  
discurre de orilla de orilla,  
y culmina en el firmamento.

Así finalizaba mi presentación al pregón de mi querida amiga Amalia y así he querido iniciarlo. Intentaré hacer valer estos versos, que para mí, definen perfectamente lo que corre por las venas de un pregonero.

Cuando la Junta de Gobierno me comentó que debía elegir una marcha para este día, se me vino a la mente multitud de composiciones dedicadas a las imágenes de la Semana Santa sevillana: Coronación de la Macarena, La Estrella Sublime o Virgen del Dulce Nombre estaban entre mis preferidas. Pero había una, que para mí reunía las condiciones idóneas para este día, por su sonoridad, su ritmo y sobre todo por el trío final, posiblemente el más hermoso compuesto para una marcha procesional.

Virgen la Paz es seguramente una de las advocaciones más bonitas para María.

Paz quiero para mi familia, para que en ella, reine el amor, el respeto y el diálogo.

Paz deseo para mi hermandad, para que desde nuestras diferencias convivamos en armonía y caminemos juntos hacia Dios.

Paz anhelo para mi parroquia, para que podamos convivir en unión todos los grupos que la formamos, porque nuestro objetivo es el mismo: vivir nuestra fe en Jesús y servir a los demás.

Paz ansío para este mundo, para que se acaben las guerras y el terrorismo, para que no haya una víctima más, para que se respeten la vida y los derechos humanos. Para que el diálogo y no la violencia sea el medio de solucionar los conflictos.

“Quiero paz, queremos paz, trabajemos por lograr la paz”.

En definitiva, buscando la Paz seguro que la encontraremos a Ella.

## Mis orígenes : Sevilla

Nunca existió en mi mente la posibilidad de ser pregonera de mi hermandad, pero el designio de Dios es imprevisible y así Él lo ha querido. Han sido muchos meses de trabajo, de preocupación y sobre todo de responsabilidad. Hoy es el día. Espero estar a la altura que mi corporación se merece.

Siempre he creído que uno tiene influencia de sus orígenes, de su ciudad, de su familia, del entorno en el que ha crecido y todo esto marca tu vida, y te sientes orgullosa de lo que eres y de donde vienes.

Nací en Sevilla, ciudad universal, habitada por muchos pueblos: tartesos, romanos, visigodos, árabes... donde la mezcla de culturas, unido al carácter de sus gentes, asimiló lo nuevo sin perder nada de lo antiguo.

Sevilla, ciudad del color, la luz y la gracia. Cuna de la gran tarea de transmisión cultural y religiosa para el nuevo mundo. Tu nombre quedó grabado con letras de oro en el arte, la poesía y la historia.

Sevilla, siempre antigua y siempre joven, alegre, bulliciosa, abierta al futuro, acogedora, esperanzada, amante de sus tradiciones, tierra de María Santísima.

Allí viví la mitad de mi vida. Nací en el seno de una familia cristiana en el barrio de la Macarena y la Esperanza siempre iluminó mi vida.

Procedo de una familia cofrade y macarena, un tío-abuelo mío, Antonio Román Villa, ocultó a la Virgen de la Esperanza durante la guerra civil, en su casa, para protegerla de los ataques y bombardeos a las iglesias, aun con peligro de su propia vida; pienso que la Virgen agradeció esa actitud generosa y valiente y protegió a nuestra familia.

Soy cofrade desde mi nacimiento, la Virgen de la Esperanza ha presidido la vida de mi familia. Mis padres se conocieron una madrugada de Viernes Santo ante el paso de la Estrella de la Mañana por la calle de la Feria; ante Ella se casaron, me

bautizaron, hice mi primera comunión y me inicié en la vida cristiana, a Ella le debo mi nombre.

Cuando alcancé la madurez, mis sentimientos cofrades se ampliaron al conocer a la persona con la que comparto mi vida y la dicha de ser padres de dos jóvenes a los que queremos muchísimo e intentamos transmitir todos esos valores en los que creemos y que son necesarios para alcanzar la verdadera felicidad.

Cuando yo le conocí, la Salud llegó a mi vida y a la suya, la Esperanza. Ella sería para mí, una esperanza que mitigaría las angustias de mi vida y me conduciría a experimentar la Salud de nuestro Señor.

Salud y Esperanza, un tándem perfecto para iniciar una vida en común.

Sevilla, por lo tanto, es el punto de partida de todos mis sentimientos cofrades, familiares y sentimentales, permitidme, pues, que sea ella quien dirija mi corazón en este pregón

Si yo pudiera cantar a la belleza,  
me inspiraría en tus plazas y callejas  
en tus fuentes, parques y veredas,  
torres, iglesias, patios y cancelas.

Si yo pudiera pintar el sentimiento,  
la Giralda sería mi primer aliento,  
el Alcázar, mi guía y mejor sustento  
y tu cielo azul, el pincel de mis sueños.

Si yo pudiera describir a la hermosura,  
Macarena guapa, diría con ternura,  
Esperanza, Concepción y sin duda,  
Angustias, la más gitana y más pura.

Si yo pudiera decir cómo te llamas,  
lo haría con voz lenta y templada,  
con garbo, con arte, con voz clara,  
con delirio, con pasión desmesurada.

He andado por senderos seguros  
y en ningún sitio he visto, lo juro,  
menta y canela separadas por un río,  
cancionero de azahar adormecido.

Torres, campanas que tocan al alba,  
primavera de saetas entonadas,  
cante, baile, guitarra española,  
rosa, clavel, mi dulce amapola.

Y te declaro mi amor eterno,  
porque eres agua en mi fuego,  
luz en mi noche de miedo,  
canto en la tristeza y el duelo,  
mi niña guapa y mi consuelo

Porque eres mi fiel compañera,  
río, puente, veletas  
pintor, cantor y poeta,  
olor de jazmín en primavera.

Porque Sevilla cuando yo muera,  
contaré al que no te conociera  
que tú eres verdad y no quimera.

Que si dos veces la vida se viviera,  
Dios mío, déjame en Triana,  
para coger mi barquilla,  
y cruzar de orilla a orilla,  
el agua que me separa  
de sus dulces mejillas.

Sentir sus tiernas caricias,  
de esas que llenan el alma.  
Y a esta tierra tan cristiana,  
decirle que llevo a orgullo,  
y a esta tierra tan gitana,  
decirle que llevo a gala,  
que por mis venas emana

sólo sangre sevillana.

## Madrid

Por las vueltas que da la vida, tuvimos que alejarnos de Sevilla y fijar nuestra residencia en Madrid; aquí comenzamos a cimentar nuestra vida en común.

Madrid, capital del Reino, ciudad entrañable, cosmopolita, nuestra segunda casa, que con el tiempo se convirtió en la primera, donde gente venida de todos los lugares tienen cabida, ciudad acogedora, alegre, literaria, abierta, con proyección de futuro.

Añorábamos nuestra tierra, sus tradiciones, nuestras vivencias cofrades y juntamente con otros hermanos surgió la idea de fundar una hermandad en Madrid, que nos llenaría de Salud y paliaría nuestras Angustias.

Desearía expresar lo que mi corazón siente por esta ciudad, a la quiero y a la que estimo como mía, pues me considero madrileña de adopción. Gracias, Madrid, porque tú hiciste posible muchas cosas que nunca imaginé que me las pudieras dar. Gracias, Madrid, por seguir haciéndome cofrade todos los días.

Estoy orgullosa de vivir en Madrid,  
por disfrutar de sus gentes,  
por sentirme tan feliz.

Porque no soy una extraña,  
en una tierra forastera,  
porque me diste cariño,  
si que yo te lo pidiera.

Porque disfruto con tus cosas,  
porque te amo y te quiero,  
y aunque nací en Sevilla,  
a la que siento y respeto,

cuando la vida se acabe,  
y me quede sólo tu consuelo,  
en la hora de mi muerte,

de Madrid al Cielo.

## Dedicatoria

Antes de iniciar este pregón quisiera tener un recuerdo especial para mis padres, don que Dios me concedió; ellos formaron una familia unida, feliz, entregada a sus hijas, nos educaron en la fe y nos inculcaron unos valores religiosos y morales.

Mi padre goza ya de la plena Salud de nuestro Señor, y seguramente está aquí presente por la fe; de él aprendí el sentido del deber, la alegría, el buen humor y la generosidad con los demás. También quisiera recordar a mi madre, mujer fuerte, pilar moral de nuestra familia; ella me enseñó el espíritu de superación ante las dificultades, su fortaleza de ánimo y su entrega desinteresada a sus hijas. Gracias, Señor por el don que me concediste al haber nacido en el seno de una familia cristiana, donde el amor, el respeto y la entrega fueron la base de nuestra vida.

También quisiera recordar a aquellos hermanos que iniciaron la andadura de la hermandad junto a nosotros y que ya están junto a El.

Vuestra túnica nazarena ha sido transfigurada por la resurrección. Creísteis en El y ya gozáis de la plenitud de la vida.

Vuestro recuerdo y espíritu están presentes en nuestra hermandad. El apoyo y la ayuda que prestasteis en vida, continúa más allá.

## Agradecimiento al presentador

Los sentimientos entre las personas van creciendo poco a poco. Gracias, Cuchi, por tu presentación llena de cariño hacia mi persona. Tu generosidad y la de tu familia para con nuestra hermandad no pasará por alto. El Señor de la Salud lo sabe y eso te debe ayudar a seguir trabajando en este proyecto que iniciamos hace ya 12 años.

La hermandad nos sirvió para conocernos y poder vivir nuestra fe en comunidad. En la hermandad consolidamos nuestra amistad y también hemos vivido momentos importantes de nuestras vidas, de tal manera que nuestras familias siempre han salido fortalecidas.

Así pues, déjame de esta manera expresarte públicamente mi cariño y mi amistad con una frase de San Agustín. “Si precisas una mano, recuerda que yo tengo dos”.

Asimismo, quiero agradecer a mi Junta de Gobierno, el gran honor que me ha concedido al nombrarme pregonera de mi querida hermandad.

## Salutación

- D. Francisco Martínez Domínguez, asistente eclesiástico para hermandades y cofradías de la archidiócesis de Madrid.
- D. Julián Melero, párroco de San Jerónimo el Real y Director Espiritual de nuestra hermandad.
- D. Ricardo Gómez de Ortega
- Padres Agustinos que hoy nos acompañáis
- Sr. Hermano Mayor y Junta de Gobierno de la hermandad y cofradía de nazarenos de Nuestro Padre Jesús de la Salud y María Santísima de las Angustias.
- Hermanos Mayores y Representantes de las hermandades de la ciudad de Madrid.
- Mis queridos hermanos.
- Señoras y señores.



## Hermandad

Pregonar nuestra Semana Santa y a nuestra hermandad es una tarea difícil y de gran responsabilidad.

Llego ante vosotros, humildemente, para comunicaros con mis pobres palabras, mis vivencias cofrades. Espero saber transmitir tantos sentimientos como tengo y pedir os que seáis benevolentes con esta pregonera.

Gran parte de los que estáis aquí pertenecéis a una hermandad o cofradía.

Nosotros somos hermandad y cofradía. Nuestra vida corporativa no se reduce a un día al año; es verdad, que nos preparamos para acompañar a nuestro Señor el miércoles santo por las calles de Madrid, pero el resto de los días, caminamos juntos, compartiendo lo que somos con nuestros hermanos, formándonos en la fe y llenándonos de Él para poder mostrarlo a los demás, no solo un día, sino todos los días de nuestra vida, con nuestra actitud, palabras, detalles...

Y en la hermandad, todos hermanos. Conjugando los verbos en "nosotros". Porque nada hay más lejos del cristiano que el individualismo. La mano sobre el hombro del hermano, y el paso "igualado", corazón con corazón, que es lo difícil y que digan: "Mirad cómo se aman". Ese el mejor testimonio que podemos dar los cofrades del siglo XXI.

La fe es la que nos hace creer que es Jesús el que da sentido a nuestra existencia, es el principio y el fin. Sabemos que vino al mundo hace ya muchos siglos, que vivió como uno de nosotros, que pasó haciendo el bien y curando a los enfermos, que nos amó hasta dar la vida y que al resucitar nos llenó de luz, esperanza y alegría.

## La semana santa

Un día imaginé cómo nació nuestra Semana Santa. Al principio Dios creó el cielo y la tierra. La tierra era una soledad caótica y las tinieblas cubrían el abismo. Y Dios creó la luz, después el agua, el sol, la luna, la vegetación y por fin al hombre, para que disfrutara de todo lo que había creado.

Pasó el tiempo y la luz era ocultada por las tinieblas, el agua no era manantial de vida, sino motivo de discordia, malgastada por unos y contaminada por otros; el sol abrasaba los campos, la luna oscurecía la vida, la vegetación no era aprovechada para subsistir, sino motivo de enfrentamiento para poder ejercer mayor dominio y el hombre utilizaba su superioridad para destruir parte de lo que se le había regalado.

Y Dios se puso triste al contemplar en lo que había quedado su obra. Entonces pensó crear un pueblo nuevo.

Tomó entre sus manos un terreno fértil, plantó árboles frutales que sirvieran al hombre de alimento y lo refrescara del sol ardiente del verano, le infundió inteligencia para poder descubrir el sentido de las cosas, destreza para construir viviendas y sentimientos para poder relacionarse con sus semejantes. Al crear todo esto, Dios pensó que este lugar sería habitado por gente distinta, porque la diversidad les beneficiaría; unos, aportarían el conocimiento; otros, la creatividad; otros, el talento; otros, la legislación; otros, la educación.

Y Dios quedó satisfecho con su obra.

Pasado un tiempo se asomó desde el cielo por encima de las casas del pueblo y vio que el hombre estaba triste. Este había cerrado su casa y su corazón, faltaba comunicación entre las personas, el sol quemaba la piel de aquellos que trabajaban en pleno día, explotados por otros, que se querían enriquecer a costa de ellos, los que venían de afuera se sentían marginados, otros

eran presos del fanatismo... Y Dios se entristeció, el hombre que había creado no lograba ser feliz.

Entonces dirigió la mirada a su Hijo y a la madre de Este, que observaban todo y sintió el intenso amor del Espíritu, y de nuevo tomó a su pueblo, lo estrechó en sus manos, apretó contra su corazón de Padre todas las amarguras de los hombres y lo besó.

¡Y ese día, cofrades, nació nuestra Semana Santa!

¿Qué es nuestra Semana Santa, sino el abrazo de amor del Padre a nuestro pueblo?

¿Qué es nuestra Semana Santa sino la celebración de la muerte y resurrección de Cristo para devolvernos la Salud?

Para nosotros, la Pasión de Jesús es fuente de vida y no agonía de muerte. Para nosotros, cofrades, el dolor es germen de esperanza y no de desesperación.

¡Quien no ha experimentado el abrazo de Dios, nunca descubrirá el encuentro maravilloso entre Dios y su pueblo!

El pueblo sabe que su Dios lo quiere, no es el suyo un Dios lejano, inalcanzable, que lo abandona a su suerte, sino que está a su lado, compartiendo su vida, sus alegrías y sus penas, sus ilusiones y fracasos.

La Semana Santa no es un recuerdo histórico de la persona de Jesús, sino una presente realidad. El alma del cofrade comprende la cercanía de Dios. Sabe que Él asumió en su cuerpo los dolores y las debilidades de todos los hombres y siente, a su vez, el sufrimiento de Cristo porque algo personal hay en la Pasión de Cristo y en la amargura de su Madre.

[Nuestra hermandad](#)

Nuestra hermandad nació hace ya doce años, por el deseo de unos cuantos cofrades que llenos de amor y cariño a sus sagrados titulares decidieron traer a Madrid la devoción y el culto a nuestro Señor de la Salud y a su madre, la Virgen de las Angustias.

Con pocos medios, pero con mucha ilusión y esfuerzo, comenzaron los trámites para la fundación de nuestra hermandad. Si la memoria no me falla, todo nos fue saliendo pronto y bien. El Señor de la Salud y su madre, la Virgen de las Angustias, querían estar con nosotros en Madrid y Ellos nos facilitaron el camino. Él quiso residir en San Jerónimo el Real y puso ante nosotros personas que nos ayudaron a lograrlo, como D. Manuel González Cano y D. Manuel Aparicio; posteriormente tuvimos la suerte de contar con el apoyo de nuestro querido hermano D. Máximo Palomar que agilizó los trámites de la aprobación diocesana. Y el día 26 de octubre del año 1996 celebramos una solemne Eucaristía fundacional, en la que llenos de emoción y entusiasmo, los hermanos de entonces, nos comprometimos a hacer grande nuestra hermandad, tanto por su espíritu como por la nómina de hermanos.

Ya éramos hermandad, pero para que nuestra felicidad fuera completa, nos faltaban las imágenes de nuestro Cristo y nuestra Virgen, que tras muchas dificultades llegaron a Madrid una fría noche de Enero de 1998, hace ya diez años. ¡Qué emoción nos embargó cuando se abrió la puerta de la furgoneta que los transportaban desde Sevilla!

- ¡Tanto tiempo esperando este momento y ya estáis aquí, en vuestra casa! Llegabais a San Jerónimo como dos pobres peregrinos, Tú, Señor, el rey de mundo, envuelto en una manta rústica y con una cuerda por cingulo. Viniste pobre, con frío, pidiendo cobijo y tu presencia nos llenó de amor, y de paz. ¡

Y a ti, Madre, una sábana blanca cubría tu cuerpo. Vimos tu cara gitana, tu pelo negro, tus ojos rasgados, llorosos, llenos de dolor.

¡Qué sentimientos tan indescriptibles nos invadieron en aquel momento a todos los que estábamos allí! Las palabras son

insuficientes para explicarlo. Se paró el tiempo contemplándolos, nuestro corazón rebosaba de gozo, nos sentíamos fuertes, con Ellos en casa no nos faltaría nada, no habría dificultad que no pudiera ser superada. Con el corazón henchido de júbilo y con una ilusión desmesurada comenzamos a soñar con nuestra futura salida procesional.

Calculamos que en diez años habríamos crecido y podríamos tener los recursos suficientes para salir con la cofradía a la calle; pero la ilusión, el espíritu de sacrificio y de trabajo de aquellos hermanos hizo posible que nuestro sueño se cumpliera cuatro años después. Y el día 19 de abril del año 2000 salió por primera vez en procesión Nuestro Señor de la Salud por las calles de Madrid.

A partir de este momento se empezaba a consolidar nuestra vida de hermandad.

### Vida de hermandad

Nosotros no somos un grupo independiente, estamos enraizado en la Iglesia, somos parte de ella, participamos de su vida, nos nutrimos de su savia y reconocemos que el capataz que guía nuestro camino es el Santo Padre que con sus palabras nos orienta y nos anima a vivir en el amor del Señor. Un capataz que nos quiere a todos juntos y por igual bajo la inmensa trabajadera de este paso que es la ciudad de Madrid, para levantar a nuestro pueblo, para llenarlo de esperanza e ilusión por el futuro.

Nuestra hermandad está activa todo el año. Todos debemos participar en la vida de hermandad, cada uno poniendo a disposición de los otros su tiempo, su trabajo, sus sugerencias, sus habilidades.

Pero si hay alguien importante en las hermandades que puedan desarrollar de manera entusiasta la vida de la hermandad sois vosotros, los jóvenes.

Un gran escritor sevillano, Carlos Romero Mensaque, gran cofrade, decía esto sobre la integración de los jóvenes en las hermandades.

Existen varias causas, entre las que destacan la tradición familiar, la devoción hacia las imágenes, la amistad con algunos hermanos o, simplemente, la curiosidad porque la Semana Santa ejerce un poderoso influjo en el joven y le gusta participar en su celebración. Cada vez más jóvenes ingresan en una Hermandad por el ambiente que allí se respira entre los que forman la Juventud y es que cada vez más, la persona necesita comunicarse con los demás, compartir sus inquietudes, sentirse querido y respetado por lo que es y no simplemente vivir superficialmente en una dinámica de "movidas" semanales que terminan en soledades profundas y en crisis personales de difícil solución.

El joven se acerca a una hermandad buscando también un nuevo sentido a su fe y compromiso cristiano (aunque muchas veces no lo llame así), porque no lo conoce habitualmente en el ambiente en que se mueve.

Vosotros jóvenes, tenéis un papel importantísimo en el presente, pero sobre todo en el futuro. Debéis integraros en la hermandad y conocer todos sus resquicios, porque mañana seréis los que llevareis a nuestra hermandad por caminos de esplendores, ocupando los puestos de mayor responsabilidad.

La vida de hermandad debe imitar la de aquellos primeros cristianos que vivían en comunidad, que perseveraban en las enseñanzas de los apóstoles, en la unión fraterna y en la fracción del pan.

Este programa de vida de aquellos primeros cristianos, nos parece hoy maravilloso, pero utópico. Actualmente ¡qué difícil se nos hace mantener la unidad, en una sociedad donde se busca el individualismo, el ser más que otros, el poseer, el llegar más lejos.

Compartir ¡qué palabra más desgastada! Compartir significa partir con el otro lo que tengo, y no lo que me sobra como dando una limosna. Compartir no es otra cosa que poner en práctica las enseñanzas del Señor, que lo dio todo por nosotros.

La vida de hermandad se basa fundamentalmente en la fe y el amor. "Ama y haz lo que quieras", nos dice S. Agustín, porque el

amor se fundamenta en la fe a Dios que nos amó apasionadamente y se entregó por nosotros y el que ama como Dios quiere, no se detiene ante nada.

Reflexionemos un poco y veamos cómo está cimentada nuestra vida en común.

Vivimos inmersos en un mundo autosuficiente, materialista donde la tecnología, el poder y el dinero lo solucionan "casi todo". Desgraciadamente, algunos piensan que el hombre puede controlar su vida y no necesita a Dios. Sin embargo, en este momento donde el ser humano domina la técnica, hay más personas desesperadas, estresadas, angustiadas, tristes... ¿Cómo se explica esta contradicción? "Nos hiciste, Señor, para Ti e inquieto está nuestro corazón hasta que descanse en Ti".

En cuanto a nuestra fe ¿cómo es nuestra relación con Dios? ¿Es un Padre cercano, principio y fin de nuestra existencia, impulsor de todo, que llena nuestra vida o más bien es una imagen que me emociona cuando la miro y a la que acudo por conveniencia cuando tengo problemas para pedirle ayuda?

Y respecto a mi amor, ¿soy servicial, comprensivo, paciente, respeto al que es diferente, al que piensa distinto, me cuesta perdonar?

Aunque salga de nazareno y te acompañe un año más en la procesión, si no tengo amor, no merezco acompañarte; yo no soy un verdadero nazareno.

Aunque acuda regularmente a todos los cultos de la hermandad y lleve orgulloso mi medalla, si no tengo amor, de nada me servirá mi juramento.

Aunque me acerque a la Eucaristía a comulgar con mi hermandad tu Pan y tu Palabra, si no tengo amor, si no me

reconcilio antes con mi hermano, no merezco compartir con todos el banquete.

Aunque me pase las horas y los días en la casa hermandad trabajando, aunque dé grandes limosnas, si no tengo amor, he malgastado mi tiempo y mi dinero.

Aunque salga de costalero y te lleve por las calles de Madrid, aunque mi chicotá sea la más larga, mi “levantá” la más alta, mi caminar el más perfecto, si no tengo amor, no soy digno de llevarte ni un minuto sobre mis hombros. Solo sirve el amor bajo las trabajaderas.

Y toda la Semana Santa es eso, una continua lección de amor. De amor de un Dios que murió para salvarnos y que se quedó con nosotros para siempre en la Eucaristía.

### Nuestra semana santa

Llega el mes de marzo, los corazones se abren a la primavera, encanto armonioso de dolor y alegría. Es tiempo para la belleza, la religiosidad de un pueblo que explota ante la maravillosa manifestación de arte, luz, color y ritmo de sus desfiles procesionales.

La Semana Santa evoca, enseña, provoca, invita, habla y el auténtico cofrade responde, recoge su mensaje y encarnándolo en su vida, se transforma en profeta, testigo de un Evangelio vivo que va a asumir hasta hacerlo razón de su existencia.

### Cofradías de Madrid

No quiero dejar pasar esta ocasión para enaltecer también a nuestra semana santa, una de las más importantes de España, por sus cofradías, por su devoción y sobre todo por sus cofrades, gente anónima que realizan un trabajo poco reconocido, pero recompensado por su fe en Cristo.

La Semana Santa de Madrid recoge perfectamente la idiosincrasia de esta tierra donde todo el mundo cabe y por



supuesto, donde las tradiciones son incorporadas sin ningún tipo de problemas.

De ahí que haya cofradías castellanas, andaluzas y los pasos caminen con ruedas, anderos o costaleros.

Cristo de la Fe y María Santísima Inmaculada Madre de la Iglesia; Jesús el Pobre y Virgen del Dulce Nombre; Gran Poder y Esperanza Macarena; EL Divino Cautivo; Jesús Nazareno y Virgen de la Soledad; Jesús Nazareno de Medinaceli; Santísimo Cristo de los Alabarderos, los Cruzados de la Fe, María Santísima de los Siete Dolores y Santo Entierro conforman nuestra semana santa.

Pero para mí, Macarena y Gran Poder definen las grandes devociones de mi tierra; por eso, cuando voy a la colegiata y los veo allí y observo en su escudo la Giralda, me trae recuerdos de mi niñez y le rezo a la Esperanza y le canto a la Macarena.

Esperanza de la Mañana, la Estrella más bonita  
y de la noche el lucero, la luna y mi fantasía,  
cuando contemplo tu cara, cuántas cosas te diría,  
eres la Madre de Dios, mi rosal y mi azucena,  
yo te quiero con locura, Esperanza Macarena.

Las hermandades, en su conjunto, son solidarias y sobre todo generosas. Quiero mencionar la enorme generosidad de la hermandad de Jesús el Pobre para con nuestra corporación, pronto compartiremos con vosotros la misma casa. Salud y Pobreza, Cautivo y Nazareno dos devociones, una misma fe.

Que larga se hizo la espera,  
entre murmullos de gentes.  
No era un sueño, ni quimera,  
Tú y yo frente a frente,  
un Jueves de Primavera.

No fue tu trono de oro,  
ni el sonido de la música,  
ni el andar de tu paso siquiera.  
Tú y yo frente a frente,  
un Jueves de Primavera.

Fue tu pelo o fue tu cara,

fue tu boca o tu mirada,  
o tu pobreza, Señor,  
o tu carne ensangrentada.

Silencio, que ya se oye.  
El tambor toca un redoble,  
cuando por Madrid pasa,  
Jesús el Pobre.

### Nuestra cofradía

Nuestra hermandad se convierte en cofradía para realizar su estación de penitencia por las calles de Madrid. Muchos son los preparativos para ese día.

El sábado de Pasión, la hermandad se dispone a arreglar a su Señor, para el besamanos y a su Madre. Los sacerdotes y sus ayudantes preparan la capilla, la cera, las flores, que todo esté perfecto para ese día.

Las vestidoras y camareras en un lugar íntimo, oculto a los ojos de todos, comienzan a vestir al Señor y a la Virgen con gran esmero y delicadeza.

-¡Qué honor tan grande estar tan cerca de Ellos!

Vestidoras y Camareras del Señor: ¿Qué sentimientos os embarga cuándo estáis junto a Él? Sentir su presencia, contemplar su cara morena, llena de dulzura, sus ojos penetrantes que te acarician y te miran con cariño, su pelo largo, negro, bien dispuesto, sus manos nudosas ensangrentadas, asidas a la cruz, aceptándola por ti y por mí, su pie adelantado saliendo al encuentro de cada hombre, sus heridas y sus llagas recibidas por amor.

¡Con cuánto amor le ponéis la enagua, suavemente, para que no roce sus heridas, intentando calmar su dolor!, su túnica morada o púrpura de color de la sangre que derramó por cada uno de nosotros. Le ajustáis el cíngulo, todo con mucha delicadeza. Conocéis palmo a palmo su cuerpo, las llagas de su costado, de su espalda, de sus manos, de sus pies, la espina clavada en su talón.

El tiempo se detiene cuando estáis junto a Él, vistiéndole en la intimidad de su capilla, la contemplación de su cuerpo se hace plegaria y oración y en ese momento estáis tan llenas de Él, que todo os sobra.

Vestidoras de la Virgen, damas de honor de la Reina, con el privilegio de gozar de su intimidad. Ponéis vuestra sabiduría e inspiración para dotar a cada tocado de creatividad. Nuestras vestidoras estudian y proyectan la manera en que van a vestir a su Madre, para que cada día esté más guapa. Arreglan a la Señora como si de ellas mismas se tratase, ahí reside el secreto de la belleza, de la elegancia, del garbo y de la gracia que lucen las sayas, las tocas y los mantos de nuestra Virgen.

Camareras de la Virgen, ahí la tenéis: sin corona, sin manto, mujer nazarena y gitana, elegida por Dios, con sus brazos abiertos, acogiendo a todos sus hijos. Habéis vuelto a cincelar los encajes de su tocado en una cascada de blondas y en su saya, el primor y la feminidad de vuestras manos.

¡Cuántas confidencias en el tiempo que estáis a solas con Ella! Seguramente como madres que sois, le pediréis consejo, le hablaréis de vuestra familia, de vuestros hijos, de vuestra hermandad, le contaréis vuestros proyectos e ilusiones, le pediréis paz para el mundo y que mitigue los problemas de la humanidad.

Hermanos, ¿habéis visto alguna vez la cara de las vestidoras y camareras cuando terminan de vestir a nuestro Señor y a nuestra Madre?

Yo sí y os digo que salen transformadas, con una alegría serena y llenas de paz. Creo que viven un adelanto de lo que será el cielo. Por eso, permitidme mi atrevimiento y que por un momento yo sueñe que soy una de esas afortunadas hermanas.

Un día soñé, Señor,  
que yo era tu vestidora.  
Que besaba tus manos,  
que acariciaba tus pies,  
y entre alfiler y alfiler,  
te pedía por mis hermanos.

Que tocaba tus cabellos,  
que tus ropas perfumaba,  
que estando contigo a solas,  
hasta el tiempo se paraba.

Que limpiaba tus heridas,  
Que yo lavaba tu cara,  
sueño de primavera ,  
tu mirada en mi mirada.

Y también soñé contigo,  
Lucero de la mañana.

Qué alegría ver tu cara,  
hablarte, tocar tus manos,  
y decirte con voz clara,  
que tu manto y que tu saya,  
que las sedas y las gasas,  
sean la oración más sentida  
para esta Virgen tan guapa.  
Y los sueños se terminan  
como la vida se acaba.

Virgen de las Angustias  
Y Señor de los Gitanos,  
cuando yo me muera,

no despertarme del sueño,  
que en el cielo,  
cuando yo esté a vuestra vera,  
contaré a mis hermanos,  
que un día allá en la tierra,  
guiasteis mi camino,  
por senderos y veredas,  
y que entre alfiler y alfiler  
entre gasas y suaves sedas,  
marcasteis mi destino,  
con vuestra mirada serena

y esta humilde pregonera,  
se dirige a vosotras,  
sus fieles servidoras.  
hacedme un sitio a vuestro vera  
que cuando llegue mi hora,  
en la tierra y en el cielo  
quiero ser su vestidora.

### Domingo de Ramos

Llega el Domingo de Ramos y el Señor está expuesto en Besamanos. Sobre una alfombra roja nos recibe en su capilla, está cerca, muy cerca de ti, de igual a igual. Lo puedes besar, puedes contemplar su belleza serena, la paz que irradia su rostro, sus ojos hacia abajo mirando al hombre caído y transmitiéndole su apoyo, su boca entreabierta que nos susurra palabras de amor.

Anochece y comienzan los preparativos para la salida procesional:

Se sube al Señor a su paso, con mucho cuidado y esmero, pero sobre todo con mucho amor de los hermanos. El prioste controla que todo esté bien dispuesto, fijado... Y por último las flores, claveles rojos, como la sangre derramada por nuestro Señor y lirios morados, penitencia, dolor del pueblo ante la contemplación del Nazareno.

Ya está todo preparado para realizar la estación de penitencia.

## Salida Procesional

Y por fin llegó el Miércoles Santo.

Al atardecer, San Jerónimo empieza a llenarse de hermanos para iniciar la estación de penitencia. Se acerca la hora.

Son las diez de la noche, el diputado mayor de gobierno abre la puerta y se inicia la procesión con la cruz de guía, que juntamente con dos faroles dirigen la cofradía por las calles de nuestro barrio.

Se siente el murmullo del público en la calle, esperando ver la procesión. Poco a poco van saliendo los nazarenos con los cirios encendidos, alumbrando el camino al Señor. La luz del cirio es un símbolo de la fe que recibimos el día de nuestro bautismo y que queremos mantener y avivar.

El nazareno pregona a los cuatro vientos su fe; nazareno que debe serlo, no solo, el día de su estación de penitencia, sino a lo largo de toda su vida. Cuando vaya cubierto con el antifaz acompañando a su Cristo y cuando con traje de calle y a cara descubierta, tenga que dejar muy claro que él es un cristiano, porque en todo momento se comporta como tal. Hemos de ser nazarenos en nuestra familia, en nuestro trabajo, con nuestros amigos y con aquellos que no lo son tanto y por supuesto en la Hermandad.

El nazareno, en su Estación de Penitencia, vive con otros hermanos una experiencia religiosa, comparte con ellos silencio, cansancio, oración.

Deteneos, Nazarenos, ante la atenta mirada del Señor de la Salud, en la profundidad de sus ojos vemos al mismo Dios doliente que se oculta tras el antifaz de cada nazareno; el esfuerzo de cada chicotá, el sacrificio de sus pies descalzos, ese dolor que no comparte con nadie: la madre enferma en casa, el hijo metido en el mundo de las drogas, el padre sin trabajo, el recuerdo del que se fue... Hay un Dios doliente en el pensamiento de cada nazareno,

un Dios que va explicando a cada uno la sencilla realidad de esa fe que proclamamos.

Continúa la marcha de la cofradía. Comienza a oler a incienso, se ven a los acólitos portar los cuatro ciriales que anuncian que el Señor está cerca. De pronto se hace silencio en la calle y solo se oye la voz del capataz mandando a los suyos.

El paso sale de la Iglesia con gran dificultad, los costaleros llevan sobre sus hombros a su Señor, el sudor baña sus cuerpos tensos por el esfuerzo y la fatiga, compartiendo con el hermano que está a su lado, el trabajo agotador.

Ya superada la puerta, la banda de música toca el himno nacional, los costaleros mecen al Señor y entonces la gente que está en la calle prorrumpen con una gran ovación; por la emoción que sienten al verlo y para premiar el esfuerzo y el buen hacer de los costaleros.

Yo quisiera deciros, hermanos costaleros, desde mi condición de cofrade, que no perdáis nunca la armonía y la elegancia cuando llevéis sobre vuestros hombros al Señor de la Salud. Él es el protagonista de esta fiesta maravillosa. Ahí está vuestra responsabilidad. Vosotros no paseáis a un Cristo muerto, sino que acompañáis a un Cristo vivo. Y porque esta vivo debéis llevarlo con respeto, con devoción, con mucho cuidado y con mucho amor.

No busquéis, hermanos costaleros, privilegios en nuestra hermandad, porque para vosotros el mayor privilegio, es llevarlo a Él, mostrarlo al pueblo de Madrid.

Buscad el protagonismo en la vida diaria de la hermandad, sois necesarios para hacer de ella un lugar de encuentro y convivencia. Allí seréis protagonistas en el servicio, en el compromiso, viviendo el amor que predicó Jesús, que cada año sufre y muere sobre vuestros hombros. Para ese cambio si que tenéis que fajaros el corazón y ajustaros el costal del alma.

Yo quisiera, costalero, que me confesaras qué se siente al llevar sobre tus hombros la agonía de tu Señor por las calles.

Quisiera que se lo explicaras a aquellas personas que no entienden el sentido de nuestra Semana Santa, a esos que se quedan en la parafernalia del espectáculo: luz, música, estética, arte...Que contestaras a los que piensan cómo un pueblo puede celebrar tanto la pasión y muerte de Nuestro Señor.

La respuesta es sencilla: porque nuestra ciudad ama la vida. Todo es vida a su alrededor: La luz, el aire, el sol, la belleza, el arte... Por eso, celebra con música la pasión y muerte del Señor, porque con ella participamos en la resurrección. Jesús no está muerto, ha resucitado y vive para siempre. Nosotros, cofrades, no celebramos la muerte, nosotros celebramos la Vida.

Míralo, tú, capataz, tú que eres la voz, que sólo él habla en el silencio.

Míralo, tú, capataz, que serás su guía por las calles de nuestra ciudad.

Dile cómo conducirás a tu gente para que lo miren a Él, no a los tuyos.

Dile cómo llamarás a tu patero para que tu cuadrilla tenga el corazón todo por igual.

Costalero, costalero,  
qué suerte tienes hermano,  
de llevar sobre tu cuello  
al Señor de los gitanos,  
al de la sangre en las manos,  
a quien Machado, el poeta,  
le cantara con su pluma  
la más hermosa saeta.

Y que aquella vieja escalera  
para subir a la cruz  
en esta nueva primavera  
se convierta en la luz,  
en aquel hermoso cantar  
que yo cantar sí que quiero,  
a Jesús de la Salud,



a Jesús, el del madero.

Por eso tú, costalero,  
navega de orilla a orilla,  
que no se apague su luz,  
que el Señor de la Salud  
dé aliento a vuestras vidas  
para que así,  
de esta forma tan sencilla  
de costero a costero  
sobre los pies,  
con un sutil balanceo,  
acaricie tu cabeza y roce  
hasta las yemas de tus dedos

Costalero, costalero,  
mécelo, tú, despacito,  
sin que apenas toque el suelo.  
Sin que la brisa despeine  
ni un mechón de su cabello.

No lo ves cómo está,  
derrotado, abatido,  
ayúdale, costalero,  
que en su marchar desvaído  
bajo el peso del madero,  
encuentre a su cirineo  
en tu cuerpo dolorido.

Pero no sientes, costalero,  
cómo el aire de esta noche  
cómo sin ningún reproche  
este insigne Nazareno,  
de manos machacadas, pero  
con caricias de terciopelo,  
de carne crucificada, pero  
de piel suave, de cordero,  
con la cara ensangrentada, pero  
de rostro gitano y moreno,  
de mirada traspasada, pero  
de ojos claros, de lucero,

os dice a vosotros, sus  
amados cirineos.

Dejadme morir aquí,  
en Madrid,  
a las puertas de mi Cielo.

El paso del Señor de la Salud sigue su recorrido por las calles de nuestro barrio, los costaleros lo llevan despacio, meciéndolo con cariño, al compás de las marchas que quieren aliviar su dolor. El paso se detiene, se oye cantar una saeta, canto religioso, desgarrado y lleno de emoción. Antonio Mairena, gitano y buen cantaor de saetas, dice para definirla:

- ¿Por qué no pensar que sea la angustia, la soledad, la tristeza del pueblo que necesita a Dios? SAETA

El capataz hace sonar el llamador, para que sus hombres se preparen porque van a levantar el paso.

- Vamos a hacer está levantá por la paz del mundo, para que se acaben las guerras y el terrorismo. Todos por igual, valientes. Al Cielo con Él.

El paso se eleva y comienza la marcha del “Perdona a tu pueblo”. El público que presencia la cofradía se calla, sólo se oye la música y las pisadas de los costaleros y vemos al Señor llegar hacia nosotros con su zancada poderosa, con su paso irresistible; contemplamos las heridas de su rostro, provocadas por la corona de espinas, y sentimos en nuestro interior una emoción que convulsiona nuestro cuerpo.

¡Se puede amar tanto para morir de esta manera! En esa pesada cruz que lleva nuestro Señor, están reunidas todas las cruces de la humanidad; Él soportó la suya, para que cada uno pudiéramos llevar la nuestra.

¡Pero cuánto pesa la cruz de la vida! El peso del desamor, de la incomprensión, del egoísmo, de la calumnia, de la mentira; ese es el peso que sigue doblando el Cuerpo de Cristo.

Tras una larga chicotá se arría el paso, continúa el silencio, veo muchos rostros vueltos hacia Ti, contemplando tu figura, absortos en tu cuerpo distendido por el esfuerzo. Los veo, Señor, esperando de tus labios palabras de consuelo y de perdón. Oye Señor, las súplicas de tu pueblo, que te venera y te necesita para vivir. "Señor, danos tu Salud"

Al compás la música suena,  
con una saeta que cantan,  
con esa mirada de pena,  
en esta noche tan santa.

Ni las estrellas, ni los luceros,  
ni los geranios, ni los rosales,  
ni tan siquiera mi sentimiento,  
pueden a ti consolarte.

Que no lo roce ni el aire,  
que pasea por su cara,  
que no le cante más nadie  
en esta triste alborada.

Costalero, llévalo despacito,  
que no le pese el madero  
sobre sus hombros benditos,  
a este insigne Nazareno.

Señor, yo soy la de siempre,  
la que acompaña tu paso,  
la que te llora y te siente,  
la que camina a tu lado,  
entre la vida y la muerte.

Y cuando ya, todo se acabe,  
cuando se apague tu luz,  
le diré al que nada sabe,

que Tú, Señor de la Salud,  
eres todo mi equipaje.

Y que el próximo año  
aquí estaré, entre la gente,  
bordeando las aceras,  
las callejas y las fuentes,

En tu paso, en la trasera,  
Señor de la Salud,  
en esta noche de muerte,  
quiero ser tu compañera.

### La Virgen, nuestra Madre

El Señor de la Salud continúa su marcha por las calles de Madrid, mientras su Madre, la Virgen de las Angustias, lo espera en San Jerónimo, en su altar, vestida con sus mejores galas, entre un cúmulo de flores y de cera.

Está orgullosa de que a su Hijo lo paseen por las calles de la ciudad y Ella, en un segundo plano, diciéndonos que el importante es Él, que Ella sólo es una sencilla mujer que por la gracia de Dios fue escogida para ser su madre y que El obró maravillas en Ella y por eso la llamarían bienaventurada todas las generaciones.

- Bienaventurada Tú, Madre de las Angustias, porque con valentía aceptaste ser la madre de Jesús.
- Bienaventurada porque sufriste el mayor dolor que criatura alguna pueda sufrir.
- Bienaventurada porque eres esperanza en nuestro caminar.
- Bienaventurada porque eres consejo en nuestras dudas.
- Bienaventurada porque eres salud para nuestras enfermedades.
- Bienaventurada Tú, Madre de las Angustias, porque creíste en Él y gozas de su resurrección.

Las cofradías asocian, de un modo peculiar, la Virgen a la pasión de Cristo. No hay cofradía sin Virgen, ni se concibe la

pasión sin Ella. Porque el cofrade adivina y expresa lo que supone la intervención de la Virgen en la pasión: Ella es la corredentora a la obra del Salvador.

La Semana Santa trae un mensaje de alegría al corazón del cofrade proclamado en la figura de María, que en Adviento es Esperanza, Angustias, en su Pasión; Alegría de su Pascua y Rocío del Cielo, corazón de la Iglesia, en Pentecostés. Pero a mí, el nombre que más me gusta es Madre.

¡Madre!, palabra difícil de definir, porque definir algo es ponerle límites y limitar es empequeñecer. Madre, sinónimo de cariño, de ternura, de comprensión, de desvelo, de entrega, de apoyo, de seguridad...

Madre de las Angustias, ¡cuánto sufriste por tu Hijo Jesús viéndolo condenado a muerte, escupido, coronado de espinas, siendo objeto de burlas por aquellos a los que había venido a salvar! ¡Qué dolor más grande al encontrártelo frente a frente en la calle de la Amargura cargando con ese pesado madero! ¡Qué miradas y silencios os cruzasteis! Tú, Madre, lo seguiste por el camino del Calvario y te quedaste con Él junto a la cruz. Lo despojaron de todo, hasta de la túnica, que según dicen, le habías tejido. Cuando lo crucificaron, los clavos que atravesaron sus manos y sus pies, se clavaron como un hierro ardiente en tu corazón. Y todo lo soportaste junto Él, mostrándole hasta el final ese incondicional amor de madre, aceptando sin comprender ese sacrificio.

¿Qué sentiría tu corazón allí en el Calvario?

Jesús, en ese momento de dolor, no piensa en si, sino en Ti y en nosotros; por eso al pie de la cruz, mirándote a ti y al discípulo que más amaba pronuncia las siguientes palabras:

- “Mujer, ahí tienes a tu hijo”  
Después dijo al discípulo:
- “Ahí tienes a tu madre”

Y a partir de ese momento, María se convierte en nuestra madre, consuelo de nuestras penas, luz en el camino, esperanza en nuestra oscuridad.

Reina de las Angustias, desde el momento en que te recibimos como madre, asumiste el dolor de todos tus hijos. Lo mismo que sufriste por Jesús, en tu corazón tienen cabida los sufrimientos de todos los hombres: de los que pasan hambre, de los que están sin trabajo, de los que padecen la violencia de los demás, de aquellos a los que visita la enfermedad, de los que están sumidos en el mundo de las drogas, de los que se sienten solos, de los que no encuentran sentido a la vida, de tus hijos gitanos... Madre de las Angustias, llénanos de la verdadera Salud, que vino a traernos tu Hijo.

El tiempo pasa rápidamente y se acerca la hora de regresar a su templo. Los costaleros, están cansados por el esfuerzo, pero alegres, por haber cumplido la misión de mostrarlo al pueblo, renuevan sus fuerzas y lo llevan suavemente sobre los pies, como si el cansancio no hiciera mella en su cuerpo.

Nuestros hermanos costaleros tienen el gran honor de portar a Nuestro Señor el miércoles santo por nuestras calles, pero todos podemos compartir ese honor los 364 días restantes, siendo costaleros de un Cristo vivo, que vemos en todos los que nos rodean y viven junto a nosotros. Tu mujer, tu marido, tu hijo, tus padres ancianos, tu compañero de trabajo, el enfermo, el que piensa distinto a ti, el que te hace la vida difícil, el que te margina, el que habla mal de ti... Todos estos son Cristos que debes acompañar, comprender y ayudar.

El paso del Señor entra en su templo entre el clamor de la gente y el orgullo de sus hermanos. Se arría el paso y una explosión de júbilo estalla. El alma, henchida de gozo, prorrumpe en una gran ovación, el corazón late deprisa y la alegría brota en el interior de cada hermano. Un año más hemos realizado nuestra estación de penitencia e inmediatamente comienza la otra, la del día a día, quizás más monótona y pesada, pero que llena de sentido nuestra procesión que acaba de terminar. Los hermanos se abrazan, se despiden de su Señor y de su madre, la Virgen de las Angustias y empiezan a abandonar su templo. La iglesia se queda sola. Y ante la soledad del templo me dirijo a la capilla y allí está Él como siempre, como todos los días de año, esperando que vengan a verle, que este adiós de sus hijos, no sea un hasta el año que viene, sino un hasta mañana y yo, sin poder contener mi emoción me dirijo a Él y le digo:

Tú y yo, solos,

frente a frente.

En la oscuridad de tu morada,  
sin que nadie nos inquiete,  
mi mirada, en tu mirada  
sin que nada nos moleste.

Cuando te veo así,  
tan moreno y diferente.  
Comprende, Señor,  
lo que pasa por mi mente.

Qué es lo que piensas,  
qué es lo que sientes,  
tu cuerpo dolorido, casi inerte,  
tu rostro, lleno de muerte.

Y yo, Señor, aquí,  
para quererte, para hablarte,  
para cuidar tus heridas,  
para lavarte tu sangre.

Y yo, Señor, aquí,  
para decirte y contarte,  
mil cosas de mi vida,  
para intentar aliviarte.

Y yo, Señor, aquí,  
al lado de Tu Madre,  
para decirle al oído  
lo que todo el mundo sabe.

Angustias, mi Virgen más guapa,  
cuando te miro a la cara,  
mi corazón late aprisa,  
y mi alma se dispara,  
mis ojos se llenan de gracia,  
de la que Tú me derramas.

mi labios dicen te quiero,  
a esta madre tan gitana.

Y así un día tras otro,  
Señor, solos,  
frente a frente,  
para decirle a Madrid,  
que Tú eres diferente.

En la vida y en la muerte  
mi Señor de la Salud,  
Nuestro Padre para siempre.

**He dicho**